

**RENÉ VERGARA**  
el pasajero de la  
muerte

Y OTROS RELATOS



**ká.lei**  
editora

## El pasajero de la muerte y otros relatos

René Vergara

**Primera edición** Santiago: *Intimidades y sucesos policiales*, mayo-septiembre 1950. Santiago: *El pasajero de la muerte*. Editorial Teele, 1969.

### Edición a cargo de:

Alejandra Zúñiga C.

### Ilustraciones de tapa:

Rodrigo Miranda G.

### Diseño y diagramación:

Felipe Aichele M.

**Presente edición:** © Kálei Editora, noviembre 2020

**ISBN:** 978-956-09572-0-7

Kálei Editora

Morandé 835 oficina 518

Compañía 2870

Santiago

www.kalei.cl

**Agradecemos a la familia Vergara Meersohn y a Ramón Díaz Eterovic** por su imprescindible apoyo y colaboración.

Producto de Chile

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.



PROYECTO FINANCIADO POR EL FONDO DEL LIBRO Y LA LECTURA

---

---

---

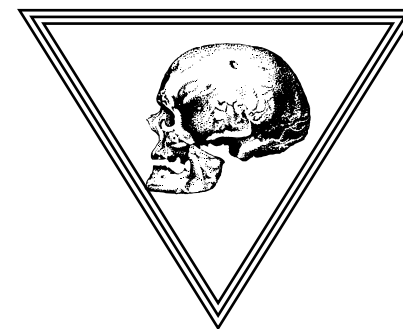
---

---

# RENÉ VERGARA

## el pasajero de la muerte

SERIE



CRIMINAL

kálei  
editora

# LA *ultima* CITA



**Un metro ochenta centímetros es una buena estatura para cualquiera, pero lo era aún más para el que vestía un impecable traje negro, camisa blanca, almidonada; zapatos de reluciente cabritilla negra, flamante corbata de seda azul con pintas rojas y rasurado a fondo por el deseo de aparentar un poco menos de los ochenta años que ya pisaba o por verse mejor. Un recio bastón amarilloso y nudoso lo afirmaba en su marcha tempranera.**

La calle estaba casi desolada. En la esquina de Merced con Santa Lucía un chofer de taxi roncaba con la cabeza caída sobre la ventanilla izquierda del auto. Quizás si los bastones sobre el pavimento lo despertaron, lo cierto es que abrió los ojos y se mostró incrédulo ante la etérea presencia de ese dandy ochentón. No tuvo valor para ofrecerle sus servicios y dejó caer de nuevo sus párpados alzándose, mecánicamente, la arrugada gorra, un tanto inclinada sobre su frente.

Más allá, venciendo a la espesura que nacía del cerro, el sol mostraba sus primeros rayosafiligranados por las verdes hojas.

A la izquierda, el eterno cerro Santa Lucía lleno de flores, pájaros, grutas, escalas, leyendas, estatuas, museos, fuentes, juramentos, besos y recuerdos de todo santiaguino y de muchos provincianos.

Hacia allá encaminaba sus pasos el gigante anciano y en un banco, donde aún flotaban las promesas y los suspiros de la noche anterior, se sentó con la calma más genuina, la misma de los mares profundos. Se sacó el sombrero negro y los cabellos de un blanco transparente y ondulados se fueron hacia adelante, como saludando al paisaje. El bastón fue puesto junto al sombrero, en el otro extremo de la helada, dura y húmeda piedra. Sí, allí había un detalle hermoso, pero, al parecer, nada le importaba. El rocío, decorador hábil de plantas, tierra y flores, era más que perceptible.

Cruzó las piernas y miró hacia el frente, hacia los edificios de la calle Corvalán Melgarejo, o bien, hacia el cielo. Miraba sin ver: nadie sonrío a un edificio, pero todos sonreímos a un recuerdo grato. Sus gastadas pupilas, que se habían llenado de tantos y tantos escenarios como pueden caber en toda una larga vida, estaban vacías por la espera y por la voluntad del que se niega a ver lo externo. Solo estaba lleno de una sola figura, una sola imagen. La mente humana parece tener un asombroso mecanismo de exclusión, de aislamiento: uno se ensimisma en una sola visión interna y luego la exterioriza, borrando todo lo que existe. Los psiquiatras la llaman obsesión, pero es solo una forma de calificar un fenómeno que muchos conocen.

Aquello era una cita. ¿Una cita? ¿Pero con quién? No, no era posible, demasiados años y la hora no era la más conveniente.

Un caballo de carretón panadero cortó el silencio de la recién iniciada mañana con su trotar de tambor antillano. Después vino otra vez el silencio, con su andar de goma

gastada y en puntillas. El sol seguía encumbrándose y el hilo sin fin de la tierra-niño se calentaba.



Ella vino del norte. Apenas era visible su ropaje de tules vaporosos y lilas. Sí, era una ninfa llena de cristales azules y verdes y en los ojos, lágrimas. Tomó el camino del viento, el ancho camino del aire. No escuché su voz, pero de algún modo la oí, no siempre el lenguaje es articulado, a veces irradia impresiones de frío, de muerte, de tiempo sin calendarios. Era una novia dulce y alta, como la luz; fría y cortante, como una estrella.

Las manos de casi dos siglos de amor se entrelazaron al lado del banco. Ambos eran estatuas, símbolos y llamas. Quizás se echaba de menos la música de un órgano y un coro de ángeles. Hubo un estrecharse y un besarse juveniles. El sombrero cayó al suelo, junto al bastón, y rodó por el césped hasta detenerse junto a unas magnolias.

Un disparo seco dio la partida al vuelo de los pájaros y de las palomas. El sol ya dominaba a la espesura. Las calles estaban llenándose de gente.

El anciano también rodó y dejó tras de sí y en sus ropas una huella de claveles rojos puestos en delgadas y aplastadas filas. Quedó de bruces, cargando con su corazón la pistola Browning 6.35, tan nueva como su traje, su corbata, la mañana y su muerte.

Un jardinero se acercó corriendo y movió su cabeza al ritmo de los péndulos. Es que la muerte no es para jardineros y algunas suelen estar más allá de lo humano. Más tarde llegó la infalible policía. Los fotógrafos hicieron restallar sus Contax, había que fijar, para siempre, ese cuerpo inerte, próximo a convertirse en tierra. El negro traje seguía

## El pasajero de la muerte

conservando su esplendor; el polvo, su hermano, aún lo respetaba. Del bolsillo superior izquierdo del vestón un policía le extrajo un pañuelo albo y fino, un pañuelo escocés que olía a heliotropos, y en él guardaron su carnet de identidad, su billetera y la pistola.

Alguien dio la orden de levantar el cadáver y remitirlo a la morgue. En la policía siempre hay alguien que ordena, por costumbre, por hábito, porque así se ha hecho siempre.

Todo había pasado. ¿Todo? Solo que allí, a dos metros del charco de sangre, fuente de claveles, había un fragmento de carta que decía:

Mi entierro debe ser sencillo. No deseo flores ni llantos ni plegarias. Tenía una cita con Niní y a eso he venido. Cuando leas estas líneas, que aún no se sé si rompo, querida sobrina, yo ya estaré con ella. No he podido sobrevivirla. Su suicidio fue, para mí, una invitación, una última cita, y, como ves, la he aceptado.

Alfredo.



# LA MOMIA

*del*  
**CAUCE**

